

REVISTA DEL CENTRO DE LECTURA

Cuarta época

Reus, Febrero de 1965

Núm. 152

Director: Sr. Presidente del Centro de Lectura

Depósito Legal - T. 20 - 1958

SUMARIO: «Prim, un General político», conferencia del Dr. D. Antonio Pedrol Rius. — «Biblioteca. Estadística mensual». — «Actividades del Centro». — «Servicio Meteorológico del Centro de Lectura».

PRIM, un General político

Conferencia del Doctor-Abogado, D. Antonio Pedrol Rius

Excmo. señor e ilustrísimos señores; señoras y señores:

Cuando entre la polifacética actividad del General Prim escogí precisamente su actividad política, yo no podía ignorar los riesgos de la especie de terreno prohibido que constituye esta faceta de su actividad. Porque los hombres como Prim, que fueron unos grandes renovadores en su época y en su generación, llevan prendida en la estrella de su destino despertar fervorosas adhesiones y también odios implacables. Adhesiones y odios que existen no sólo durante su vida terrena, sino que se prolongan más allá de su muerte. Y la Historia nos explica que después de muerto el General, los catalanes residentes en la isla de Cuba adquirieron un retrato de Prim que había pintado Nin y Tubau y lo colocaron amorosamente en la Sala de Actos del Casino Español de La Habana. En aquel momento el General ya no podía ser enemigo de nadie, ni obstáculo para nada. En aquel momento, ya se habían pronunciado en las Cortes unas palabras generosas por parte de todos los que habían sido sus adversarios políticos, palabras entre las que destacaron —y me interesa hacer hoy referencia a ellas— las caballerizas palabras pronunciadas por el caballero jefe de la minoría carlista en las Cortes Constituyentes, que representan un verdadero ejemplo de cómo un caballero habla delante del cadáver del adversario muerto. Y sin embargo, a los pocos días, el cuadro apareció rasgado por-

que un miserable, incapaz de olvidar el rencor, había apuñalado todavía el retrato del General.

Yo pienso que este miserable rencoroso no pretendía naturalmente reproducir el magnicidio de la calle del Turco, pero pretendía apuñalar la bandera que Prim representaba, porque el cadáver glorioso del General era en sí mismo una bandera, la bandera de la España que pudo ser y no fue, la bandera de la España que él soñó, la bandera de la España de la convivencia civil, de nivel europeo, la bandera de una España que si no se hubiera truncado en la calle del Turco hubiera quizá hecho innecesario que sesenta años después los hombres se matasen por los campos de España.

Yo sabía, al abrir esta tumba, todos los riesgos que la tumba tiene, porque la tumba está todavía cargada a estas horas de explosivos políticos y pasionales. Pero lo he hecho a plena conciencia; porque creo que con ello sirvo a mi generación y a mi Patria, porque (y celebro mucho coincidir con recientes declaraciones de algunos ministros del actual Gabinete) creo que lo peor que podía pasarle a este país es que, por una despolitización excesiva, lo convirtiéramos en una de esas criaturas fofas, criadas con tanta asepsia, que se las lleva el primer sarampión ideológico que se cuele por la rendija de una ventana mal cerrada. Y porque creo, —y esto ya lo añadido por mi cuenta— que España, después de 25 años de paz fecunda y de trabajo, tiene ya la suficiente madurez política para que activemos el diálogo político, para que hablemos delante del pueblo español de temas políticos; y creo que este diálogo

conviene que se inicie cuando los que participamos en la contienda y los que sin participar la sufrieron, y en general todos los que recordamos que ese millón de muertos fue el tributo pagado por los errores políticos acumulados de un siglo, podamos todavía participar en él con la voz firme y el pulso seguro.

El General fue un militar y un político. Un político metido hasta el tuétano en la política española del siglo XIX. Y ya en esta conferencia, de entrada, se plantea la primera inquietante pregunta: ¿Conviene que un militar desempeñe la jefatura del Gobierno civil de un país? ¿Qué trae un militar a la vida política? Y yo que no soy sospechoso, porque soy un hombre civil, con formación civil y muy celoso de las prerrogativas del poder civil, no dudo en contestar por la afirmativa. Porque un militar trae a la vida política una aptitud de mando, una capacidad de mando; porque un militar trae a la vida política una reacción rápida y ágil frente al contratiempo. Y porque el militar trae, por encima de todo esto, una formación de servicio y de entrega incondicional a los más puros y a los más altos intereses de la Patria.

Y cuando en un militar lucen todas estas virtudes, y cuando el militar comprende y admite que el orden público no es más que una premisa para la subsistencia del orden jurídico, entonces se producen períodos fecundos en el acontecer histórico de los pueblos.

Viene además libre el militar a la vida pública, del grave riesgo, de la grave enfermedad que amenaza la sociedad política actual: el técnico y la tecnocracia. Porque el técnico está enamorado sólo de sus estadísticas, de sus tablas y de sus baremos. Pero no comprende, en cambio, porque es incapaz de ello, porque tiene una visión unilateral de la vida, la necesidad que hay de ir con el corazón ilusionado a buscar esos valores poéticos y eternos que sólo se encuentran en el alma del pueblo. El militar no tiene ese riesgo; el militar es, como decía el General Lyautey, sólo un técnico en ideas generales. Y está acostumbrado a despertar las emociones de los hombres, que son las únicas emociones que permiten que los hombres se jueguen la vida por la bandera y por el ideal. Por eso digo yo, que a mí me parece muy bien que un jefe militar pueda asumir al mismo tiempo la jefatura civil del Gobierno de un Estado.

El General Prim vino al mundo en un momento de la vida española que discurría entre los pronunciamientos y las cuarteladas de los militares y los motines y las barricadas románticas de los hombres civiles. Y este hombre, que era

un militar, que se vió obligado a ser un revolucionario, despreció siempre el motín y la barricada.

En una sesión de las Cortes Constituyentes de 5 de febrero de 1870, este militar glorioso repudia el pronunciamiento con las palabras que os voy a leer: «Yo tengo la convicción, dice el General Prim, de que cualquier movimiento militar que se intente o se pueda intentar en la vida, no puede tener buen resultado si el país no le apoya; sin el elemento civil, no se hacen revoluciones, se hacen motines militares que no producen ningún buen resultado. Para hacer la revolución es necesario que el país se interese y la apoye». Y esto lo dice uno de los más gloriosos generales que ha dado nuestro siglo XIX.

Y ahora a demostrar la otra parte: su desprecio por el motín y por la barricada. Vino en estos momentos a Madrid —estoy hablando de 1869-70— un pintor francés joven, que estaba llamado después a ser una de las glorias de la pintura mundial. Me estoy refiriendo, naturalmente, a Regnault. Regnault sintió el atractivo de la gran figura del General. No le pudo tener de modelo físicamente delante de él, pero le prestaron su uniforme y un amigo se prestó a ponérselo y Regnault con esto hizo un cuadro del General. Regnault escribió a sus amigos de Francia ilusionadamente de lo que él consideraba que había acertado como cuadro; ese cuadro que está hoy en el Museo del Louvre y cuyo boceto he tenido la suerte de poder adquirir y donárselo al Museo de Reus. Y decía Regnault que había pintado al General montado en un caballo bayo, la cabeza descubierta, el pelo despeinado, un cielo gris de fondo y detrás de él una multitud de paisanos en armas. Como veis, el ejemplar típico del caudillo de la barricada romántica, al que sólo le faltaba la música de la Marsellesa.

El General fue con su esposa a ver el cuadro. El General en este momento ya era un político consumado, que estaba acostumbrado a decir frases amables, a disimular sus discrepancias. Y sin embargo, delante del cuadro, recobra su ruda franqueza militar y dice que el cuadro no le gusta nada; no le gusta que le hayan pintado con la cabeza descubierta; no le gusta que le hayan pintado despeinado; no le gusta ese cielo gris revolucionario, pero sobre todo lo que no admite es que le hayan puesto acaudillando a esa turba de paisanos en armas, porque él no admite ser caudillo de barricadas. Este era el General: un General que no admitía los pronunciamientos como militar. Un revolucionario que no admitía ser caudillo de barricadas.

Prim fue un revolucionario. Y conviene que sepamos y recordemos por qué tuvo que ser revolucionario. A Prim no le gustaba la España que él había conocido. A Prim no le gustaba que la política se tratase frívolamente en los bailes del Palacio Real. A Prim no le gustaba la miseria del pueblo español y la injusta desproporción del nivel de vida entre los españoles. A Prim no le gustaba la España entre desplantes de espadones y entre barricadas constantes de elementos civiles. A Prim no le gustaba esa lucha africana de banderías opuestas. Y Prim estaba enamorado, como de una nueva Dulcinea, de una España nueva, de una España en la que fuera posible la convivencia y el diálogo. Y entró como un misionero sobre la etapa de la intolerancia española para plantar los árboles de la convivencia civil; para elevar el nivel de vida española, para hacer posible la existencia de un país que dejase de estar agazapado tras de los Pirineos para incorporarse a la Europa que él había conocido y con la que estaba en su interior deseando convivir a un nivel parecido. Y como se le cerraron los caminos de la legalidad, este hombre no tuvo otro camino y otro medio que la revolución. Y la hizo. La hizo como la podía hacer un hombre como él, jugándose todo lo que un hombre se puede jugar. La hizo, y esa revolución triunfó. Y ese es el momento que voy a coger para la conferencia de hoy. Porque a mí no me interesan las palabras fáciles que se pronuncian cuando se está en la oposición. A mí me interesan los gestos difíciles cuando se tiene la responsabilidad del poder y del mando; cuando hay que retorcerse el corazón; cuando hay que sacrificar la amistad frente al interés superior de la Patria. Y este es el momento que a mí me interesa coger del General Prim en esta conferencia de hoy.

Llega este hombre al poder y se encuentra con una encrucijada: o hacerse con el poder personal, o escoger por la Monarquía o por un Trono vacío con una Regencia, o una República.

Vamos a ver cómo es el General en este momento. Al antiguo ímpetu, a la antigua pasión, ha sustituido ahora la frialdad reflexiva. A ese hombre tan fácil a la arenga, ha sustituido ahora un hombre reservado y hermético. Hace poco, Emilio Romero, en un libro que está destinado a ser muy leído, recordaba una frase de Chamberd: «El hombre que gobierna a otros hombres, debe hacerlo con la cabeza. No sirve de nada para jugar una partida de ajedrez tener un buen corazón». Prim tenía que gobernar a los hombres y jugó con la cabeza y algunas veces tuvo que olvidarse que tenía muy buen corazón. El era

un pragmático; era un hombre que sólo admitía como incommovible el bien de la Patria. El día 27 de diciembre de 1870, muy pocas horas antes del asesinato, este hombre hace un discurso en el Congreso que se convierte después en un testamento político. Y Prim dice: «Cuando se gobierna no siempre se hace lo que se quiere, ni aún muchas veces se hace lo que se debe; se hace lo que se puede». Ese pragmatismo suyo explica que muchas veces hubiera tenido que recibir la ayuda de bribones y de fanáticos. Y cuando se lo reprochan, Prim responde: «No se han hecho nunca las revoluciones con canónigos». No le gustan los bribones, no le gustan los fanáticos; pero los utiliza cuando así hace falta al bien de la Patria. Como ahora otros utilizan a los tontos útiles y a los compañeros de viaje.

Este hombre no quiso el poder personal. Le ofrecieron el Trono; él a su vez se había permitido el lujo, porque se lo podía permitir, de ofrecérselo a Espartero, viejo, cansado y amargado, en su retiro de Logroño. Pero él sabía que un Rey de España tiene que ser el rey de los españoles y no puede ser el rey de una fracción, aunque sea la fracción triunfante; y él sabía que no debía ser el Rey de España.

Quedaba la solución republicana. Y entonces, como en el Evangelio, el diablo lo subió a un monte y le enseñó las grandezas de la tierra. El diablo vino en forma de un diplomático francés, el Conde de Keratry. Venía en nombre del gobierno provisional de Francia para ofrecerle al General Prim la posibilidad de una república hispano-portuguesa de la que el General Prim sería el presidente indiscutible. Y este hombre no vacila ni un momento: mientras él viva, no habrá república en España. Y no la habrá, porque no hay republicanos. Y es que Prim intuyó algo que les falló a los republicanos de la primera y de la segunda República: Y es que en este país, las Repúblicas que hemos tenido no las han traído nunca los republicanos, sino aquellos que sin serlo, por agravio personal hacia el personaje de una dinastía determinada, han ido a la República, no porque crean en ella, sino como repulsa frente a una determinada actitud en un momento histórico de un representante de una dinastía.

Podía ir a una Regencia con trono vacío; pero eso no iba con el carácter de Prim, ni con su formación. El Tribunal Supremo español, en una sentencia casi poética (porque a veces también se filtra la poesía entre los considerandos de las sentencias) explica que nosotros los catalanes tenemos una instintiva repulsión a morir intestados,

lo cual explica la existencia en nuestro Derecho Foral de los heredamientos preventivos.

Prim no quería morir intestado. Prim quería designar en vida el sucesor suyo, consolidar, institucionalizar este régimen de sucesión. Y quería, sobre todo, que el sucesor estuviera a su lado cuando él pudiera todavía prestarle el apoyo de su brazo firme y de su inteligencia clara. Luego falló todo: el asesinato de la calle del Turco frustró todas estas previsiones, y por una de esas paradojas de la Historia, este hombre que había hecho todas las previsiones, murió dejando en definitiva un simple testamento: testamento en favor de Amadeo, que tuvo, como todos estos testamentos políticos, un plazo muy corto de vigencia y de respeto.

Esta fue la trayectoria política del General Prim durante el momento en que se encontró delante de la encrucijada histórica de consolidar para el pueblo español un porvenir seguro.

Y ahora, ya que hablamos de este hombre, del complicado negocio que es siempre la vida de un hombre, y sobre todo de un hombre público, con vendrá que hablemos de algunas de sus cualidades y de algunos de los reproches de que ha sido objeto.

Un día, el Marqués de Santa Marta interpeló en las Cortes Constituyentes atacando el hecho de que el General Prim hubiese ordenado que se hicieran en sus aposentos en el Ministerio de la Guerra —él era entonces Ministro de la Guerra y Presidente del Consejo— una reforma que el Marqués de Santa Marta consideraba escandalosa. Habló también del recuerdo que había en el pueblo español de la vida de despilfarro que había tenido el General Prim antes de subir a los altos cargos del poder. Prim, que siempre responde de una manera cortés, muy breve y muy comedida, ese día se exaltó. El dardo envenenado del Marqués de Santa Marta había tocado en una zona muy sensible. Se levantó y dijo que él quería explicar a la Cámara cuál era su vida, especialmente en el terreno económico. Los diputados le dijeron que no hacía falta. Pero Prim siguió; siguió excitado explicando que él nunca había gastado la fortuna de nadie; que él había gastado, en todo caso, su propio dinero o el de su mujer. Y que él no gastaba el dinero en ninguna vida dispendiosa ni desordenada, sino —y es una frase textual— haciendo el bien a los demás, como cumple a un caballero y a un hombre de bien.

Después de escribir mi libro sobre el asesinato de Prim, he tenido la suerte, porque me lo ha proporcionado un ilustre historiador, de ver algunos documentos que reflejan la administración eco-

nómica de Prim. No voy a entrar en detalles, pero os digo que esta mano que fue tan decidida en el manejo de la espada, supo también manejar con la misma decisión las rosas de la caridad humana.

Y, entonces, en lo referente a las obras del Ministerio, el General Prim contesta con un gesto de señor, con ese señorío que, no dan los títulos ni nos entregan en la cuna, con ese señorío que se adquiere en la vida cuando se es señor, y le responde a Santa Marta: «En efecto, todas estas obras se han hecho, porque yo considero que el Presidente del Consejo de Ministros español debe recibir a sus invitados con la necesaria dignidad. Pero, ¿es que ha visto el Marqués de Santa Marta que yo haya echado mano de fondos públicos para todo esto? Esto era una obra suntuaria y los lujos del General Prim se pagan del bolsillo particular del General Prim.

Otra anécdota: Este hombre no tenía estudios. Este hombre tenía muy escasas lecturas. Son abundantes sus faltas de ortografía, como todos sabemos. Y lo digo como acto de contrición de todos los que estamos dedicados a profesiones intelectuales. Este hombre, que no tiene estudios ni lecturas, pero que tiene genio, pronuncia a veces, de una manera improvisada, frases dignas de figurar en la mejor antología del pensamiento español de aquella época.

Y vamos al ejemplo. Estanislao Figueras, ese Presidente de la República que un día cogió el tren y nunca más se supo de él, Estanislao Figueras interpeló un día, acusando al General Luque, de haber hecho fusilar sin proceso a un revolucionario andaluz llamado Guillén. El General le contesta, como Ministro del Ejército. Las acusaciones de Figueras habían sido tan duras, tan ofensivas para el General Luque, que Prim le llama la atención y le pide que refrene el lenguaje, que no ofenda a un hombre que no se encuentra presente; le hace notar la reacción inevitable de un militar de honor frente a estas acusaciones; pero Figueras se engalla y dice no sólo que las mantiene, sino que él renuncia a cualquier protección de investidura parlamentaria y que —y es frase textual— «saca todo el cuerpo fuera» para responder en todos los terrenos al General Luque. Prim, que se da cuenta que el lance va a ser inevitable, que el General Luque, a quien él califica de espada valiente del ejército español, es hombre acostumbrado al manejo de las armas y que Figueras es un abogado acostumbrado a la dialéctica, pero que no frecuenta las salas de armas, y que el lance va a ser inevitable y que va a ser desigual, se dirige a Figueras, casi

paternalmente, le recuerda que son amigos de la infancia, que no puede tomar esto como el consejo de un enemigo político, y termina con esta frase, —con una frase que es improvisada— y le dice: «Su señoría confunde el amor propio y el orgullo con lo que es el verdadero honor. El verdadero honor consiste en respetar el honor de los demás». Y esto lo dice un hombre con muy pocas lecturas y con muy poca formación cultural, pero con mucho genio.

Prim pudo imponer una solución porque le sobraba fuerza; y sin embargo, escogió el camino del diálogo. Este hombre estuvo en la Cámara aguantando los ataques y los discursos de unos oradores grandilocuentes, que han sido los más grandilocuentes oradores, evidentemente, de la historia parlamentaria española. Sin embargo, este hombre de acción no tuvo nunca en público ni en privado el calificativo de «charlatán» para estos oradores, el calificativo que empleaba Napoleón I cuando hablaba con ellos. Les tuvo siempre un gran respeto; y les tuvo un gran respeto, porque el General sabía el valor del verbo, el valor divino de la palabra que le había permitido lanzar como desesperados a los voluntarios catalanes en la guerra de Africa. Y él contestaba a los genios de la oratoria y de la grandilocuencia, y cuando uno lee el Diario de las Sesiones de Cortes y ve lo que los otros dicen y lo que él contesta, uno se da cuenta que el General nunca quedó mal; uno se da cuenta que este hombre contesta de una manera muy concisa, pero ¡con tanto sentido común!... De una manera tan directa, que él siempre lleva la mejor parte en la discusión. El demuestra que un hombre de acción como él puede soportar el diálogo y salir triunfante del diálogo.

Y ahora ya vamos a lo que pueden ser reproches en la vida de Prim. Yo no he conocido ningún hombre que a lo largo de su vida terrena haya sido compañero constante del acierto. El General Prim acometió muy altas empresas; y tuvo, por tanto, muchas ocasiones de error. Me interesa sólo el balance, y el balance es completamente positivo. Y vamos ya con la acusación principal. Vamos a ver si agarramos de una vez y por los cuernos ese toro de la masonería que anda desmandado por la plaza de la opinión pública, produciendo desorientación y aún algunos sustos que yo considero totalmente innecesarios.

Me parecería una verdadera deformación histórica que negásemos un hecho evidente y cierto: el General Prim perteneció a la masonería española. ¿Cuál es el reproche que un hombre civil en el terreno político puede hacer a la masonería? Y yo doy a Dios lo que es de Dios y al César

lo que es del César, y a mí esta noche me interesa sólo la parte del César, o sea la parte política.

A lo largo de la Historia, se producen organizaciones de gentes de diferente procedencia política, no sometidos a una disciplina política. Mientras esas organizaciones permanecen en el seno de las actividades privadas —ahora se llaman grupos de presión—, el problema interesa exclusivamente a ellos y a los Tribunales, si su finalidad es ilícita o delictiva. Pero cuando esas organizaciones, verdaderas medusas políticas sin sangre y sin color, penetran en la vida política y se apoderan de cargos preeminentes en la organización política, ¡ah! entonces los demás, sin dudarlo, tenemos derecho a opinar sobre el asunto.

Porque los ciudadanos tenemos derecho a que las personas que ostentan cargos políticos tengan y vengan con un programa definido y que les veamos la cara. Y estas organizaciones presumen, precisamente, de no tener programa político definido.

En segundo lugar, nosotros los ciudadanos tenemos derecho a que los que ocupan cargos políticos estén sometidos a una conocida jerarquía política. Y esas organizaciones tienen otra jerarquía que no es la política.

Y en tercer lugar, la actividad política hay que desarrollarla en el escenario político y de cara al público y con luz y taquígrafos. Y estas organizaciones las desarrollan en la sombra entre bastidores, lo cual, sí sería comprensible, quizás, en un partido proscrito, es inadmisibles en un grupo que ostenta cargos en el poder.

Ese es el reproche que yo le hago a la masonería o a cualquier otra organización de características semejantes.

O sea, que tenemos que el General Prim pertenecía a la masonería. Y tenemos también planteados los reproches que en el terreno político hay que formular a la masonería.

Y ahora vamos a ver hasta dónde llegó todo esto.

En primer lugar, alguien de mucha más autoidad que yo ha dicho que cuando estamos examinando la vida de un hombre que ha vivido hace muchos años, debemos renunciar a enjuiciarlo para intentar simplemente comprenderlo. De lo que se deduce que para comprender esto hace falta que reconstituyamos el ambiente en que vivió el General Prim, porque los hombres, y especialmente los hombres de acción, no viven dentro de campanas neumáticas, sino que viven inmersos en un ambiente que condiciona sus actividades e influye sobre su pensamiento. Prim se

encontró con que esa medusa, la masonería, estaba infiltrada en todos los centros nerviosos del poder de España. Y debemos decir una cosa —y esto quede bien claro—. Yo no conozco ningún hombre que haya participado de una manera efectiva en la Revolución del 68, que no haya tenido contactos con la masonería. Y yo que me he tenido que leer los 18.000 folios del sumario que se instruyó cuando el asesinato del General Prim, os digo que por allí no pasa nadie que tenga la más leve categoría, que no consigne en su firma un signo masónico. E incluso el juez, el juez principal de la causa, no olvida nunca, cada vez que firma un auto o un proveído, de poner sus tres puntitos debajo de la rúbrica. O sea, que Prim se encontró con que la masonería estaba infiltrada en todos y cada uno de los puntos nerviosos del poder político de España.

El tenía frente a la masonería tres posibles posiciones: combatirla, ignorarla, o negociar con la medusa. Don Quijote hubiera embestido contra el molino de viento y se hubiera enfrentado con la secta. Pero Prim era un pragmático; Prim era en ese aspecto un payés con uniforme militar. Y Prim sintió la tentación del juego: Ahora se iba a ver —«el temps dirá», como dice una de sus cartas—, el tiempo dirá, si él va a acabar de siervo de la medusa o si él pone la medusa a su servicio. Desde ahora os anticipo que Prim le pudo a la masonería y creo que os lo voy a demostrar.

Yo voy para el pleito de esta noche a renunciar a dos argumentos muy importantes que trajo aquí mi querido y admirado José María Fontana. No me hace falta, para lo que voy a demostrar, traer aquí a colación ese gesto de valor de Prim declarándose católico frente a una Cámara que no lo era. No me hace falta siquiera traer aquí —y cuidado que renuncio a una prueba valiosa— esas cartas íntimas donde el corazón se vuelca, donde no se habla de cara a la galería, donde él alude fervorosamente, una vez y otra, a su Virgen de la Misericordia.

No me hacen falta para lo que voy a decir.

El, os digo, aceptó el juego. Pero yo digo de entrada: Nosotros conocemos a Prim. Prim era un hombre que estaba de vuelta de todo; Prim era un hombre a quien la vida le había enseñado muchas cosas. Una vez, contestando a Castelar, le dice: «Su Señoría es muy culto, sabe muchas cosas que yo no sé, pero Su Señoría no sabe cosas muy interesantes que la vida me ha enseñado a mí». A Prim la vida le había enseñado muchas cosas y estaba de vuelta de casi todas. Y yo digo, un hombre de estas características, ¿es que podemos

pensar ni por un momento que se tomase en serio la engolada doctrina masónica? Pero ¿es que podemos admitir, si le ponemos un gramo de buen juicio, que este hombre se tomase en serio los mandiles, las espadas de madera y las columnas de cartón del templo masónico? Pero, ¿es que podemos admitir que este hombre se tomase en serio la más alta jerarquía de la masonería de entonces, don Nicolás María Rivero, que tenía el título sublimemente ridículo de Gran Primo de la masonería? Prim despreciaba a la masonería desde lo más profundo de su alma. La tomó como se puede tomar un lacayo a su servicio. Y así se movió él. Esto no fue un matrimonio de amor. Esto fue un matrimonio de conveniencia, porque no puede haber amor donde hay desprecio. Eso fue un matrimonio de conveniencia sin entrega recíproca y sin fidelidad que no la tuvieron nunca. Y vamos a verlo.

La masonería, que se daba cuenta que el Ejército, es y seguirá siendo, gracias a Dios, columna vertebral de la Patria, intentó desgajar al Ejército de la fe y de la Iglesia. Y hay unas consignas que conocemos, porque se han publicado. Y entonces la ofensiva se centra en el Patriarca de las Indias, Vicario General Castrense. Ahí es donde vamos a ver a Prim. Ahí es donde vamos a ver si es servidor de las consignas anticatólicas de la secta, o es, por el contrario, defensor de la fe y defensor de la Iglesia.

La ofensiva empieza en 1869; entonces Prim es Ministro de la Guerra. Y entonces viene una propuesta de la mayoría, ¡de la mayoría!, en la que se pide que se tomen medidas contra el Patriarca de las Indias en su calidad de Procapellán mayor de Palacio.

¿Quién se levanta en nombre del Gobierno? ¿Quién tiene valor de enfrentarse con una Cámara anticatólica en la que se pronunciaron las mayores y más odiosas blasfemias que podemos imaginar? Un Ministro: El General Prim. Y se levanta para decir que el Gobierno repudia por su voz esa propuesta y que no está dispuesto al sacrificio del Vicario General Castrense, Patriarca de las Indias.

Se produjo entonces en esta Cámara uno de los momentos más peligrosos para el Gobierno. Pero al final se ganó la votación.

Ya tenemos a Prim jefe de Gobierno. La masonería insiste; y ahora viene con una propuesta para que se suprima el cargo de Vicario General Castrense. Prim se levanta y dice que esto no lo admite, que no puede haber un ejército sin Vicario General Castrense. Y es él quien se opone a toda esa fracción anticatólica servidora de las

consignas de la masonería. Y la proposición es derrotada.

Y entonces, la masonería, que se da cuenta de que el ataque frontal fracasa, porque se tropieza con este hombre, no solo rebelde a las consignas, sino gallardamente enemigo de ellas, entonces la secta que domina la comisión de presupuestos, hace que se apruebe un presupuesto en el que se ha suprimido cualquier consignación para el Patriarca de las Indias y Vicario General Castrense.

Y el día 10 de febrero de 1870, —porque a mí me gustaría que se lean, los que opinan del General Prim, esos diarios de sesiones que por otra parte son muy interesantes— el día 10 de febrero de 1870, el General se presenta en la Cámara y exige que se vote una partida adicional para que se subvencione, como debe subvencionarse, al Vicario General Castrense, Patriarca de las Indias; y lo exige y consigue que se vote esa partida adicional.

Y entonces sigue la ofensiva, proponiendo la supresión de los capellanes castrenses en aquellos cuerpos del ejército que están acantonados, con el argumento de que el soldado, el oficial o el jefe que quiera un servicio religioso, puede recibirlo del sacerdote del pueblo donde se encuentre, y de nuevo se levanta Prim y responde con uno de estos argumentos suyos tan directos y dice: «Su Señoría propone que suprimamos los capellanes castrenses, porque en los pueblos ya hay sacerdotes a quienes acudir... Yo no me explico cómo Su Señoría no propone que se supriman también los médicos y los boticarios militares, porque también en los pueblos donde están acantonados los cuerpos de ejército hay médicos y boticarios civiles». Y añade que el ejército tiene derecho a la asistencia católica de sus capellanes castrenses. Y que él hará respetar ese derecho del ejército a su fe y a sus creencias.

Yo digo después de esto: ¿Es que de verdad, leyendo las cosas como han sido, puede cabernos alguna duda de que este hombre no entregó ni un sólo pliegue entrañable de su alma a la masonería, que no se doblegó ni un solo momento frente a las consignas anticatólicas? ¿Que tuvo el valor, (porque valor hacía falta) de enfrentarse con quienes habían sido antes sus amigos y aliados, con esa Cámara anticatólica, para defender la fe y los derechos legítimos de la Iglesia?

Y si no me bastasen estos argumentos, me bastaría la conducta de la masonería con él, precisamente en castigo de esa rebeldía suya. Rebeldía que me interesa bien repetirlo esta noche: es rebeldía en el terreno religioso.

En el verano de 1870, el «Gran Primo» de la masonería se entrevista con el también masón General Serrano, regente del Reino, le pide que destituya al General Prim de la Presidencia del Consejo, para nombrarle a él, al Gran Jefe de la masonería. El regente, General Serrano, pide la convocatoria de un Consejo de Ministros en Madrid. Y Prim que lo sabe, acuartela las tropas, convoca el Consejo, espera al General Serrano, y es tal la fuerza avasalladora de la mirada de Prim, es tal la expresión de este hombre frente al General Serrano, que Serrano no se atreve a plantear el tema y se vuelve a La Granja sin que la gente supiera por qué había venido a Madrid.

Y cuando sale de la reunión y va con Moret —y Moret lo ha contado después— el General Prim le dice: «Como este hombre hubiese venido con esta embajada y se hubiera atrevido a exponerla, lo cojo por la cintura y le hubiera tirado por la ventana a la calle».

Esta era la primera reacción de la masonería frente a ese rebelde católico que se llamaba General Prim.

Y como no pudieron con él en vida, viene entonces el asesinato de la calle del Turco.

Yo creo que he demostrado en mi libro a través de la lectura del sumario —y lo he demostrado sin lugar a duda racional alguna—, que allí estuvo como jefe de los asesinos el diputado Paul y Angulo.

Con motivo de la publicación del libro me ha venido a mis manos la confesión de uno de los asesinos hecha en Méjico. Confesión que confirma en un todo la teoría que yo había anticipado en el libro. El jefe de los asesinos se llamaba Paul y Angulo.

¿Y quién era Paul y Angulo? Paul y Angulo era uno de los servidores incondicionales de esa tendencia anticatólica de la secta masónica; era uno de esos masones feroces enemigos de la fe y de la Iglesia. Y este es el que fue a pasarle las cuentas al General Prim.

Pero es que transcurren después sesenta y pico de años y viene nuestra Guerra Civil. Y todavía una de esas partidas que pulularon en la zona republicana, una de esas partidas de asesinos de sacerdotes y de incendiarios de iglesias católicas, vienen a cumplir como albaceas la voluntad de la masonería anticatólica del siglo XIX. Y se van donde está la estatua de Prim en Barcelona, la derriban y la destrozan. Y yo digo ya, para terminar sobre este punto: no he admitido nunca como compañeros de viaje a los asesinos de sacer-

dotes, ni a los cobardes incendiarios de templos, ni estoy dispuesto a admitirlos, pase lo que pase, ni en ninguna ocasión ni circunstancia. Y a mí me basta saber que el camino del odio hacia la memoria de Prim está transitado por los cobardes asesinos de sacerdotes, para que yo sepa que ese camino no puede ser ni el de la verdad ni el de la justicia.

Y termino ya.

Este hombre que ahora nos va a ser devuelto nos viene con todo el honor y merece ser recibido con todos los honores. Tuvo en su vida un gran patriotismo y hubo en su vida una gran dignidad.

El representó todas nuestras cualidades y todos nuestros defectos. El tuvo ese ímpetu, esa inquietud, esa actividad un poco tormentosa que nos

ha caracterizado a nosotros siempre. El tuvo siempre presente en su memoria y en su corazón su patria chica; en una de sus cartas dice: «Yo trabajo para España y para mí, mi España empieza en Reus».

Este es el hombre que nos van a devolver.

Y ya como final, yo sólo quería pedirlos a todos que levantemos nuestros corazones por encima de las pasiones —que son hoy ya ceniza y deben serlo— de los hombres que vivieron hace cien años. Y que nos acordemos sólo de que Prim fue un regalo que nos hizo la Providencia de una extraordinaria personalidad humana que nos representó frente a los demás pueblos de España y que demostró lo que nosotros somos capaces de crear y de entregar generosamente al servicio de la Patria.

(Texto resultante de la cinta magnetofónica)

Esta notable conferencia tuvo lugar el día 4 de enero último en el Salón de Actos del Palacio Municipal. Presidió el Gobernador Civil, Sr. Fernández Martínez, que tenía a su derecha al Gobernador Militar, General Beotas; Presidente de la Diputación, Sr. Soler Morey y Alcalde de Tarragona, Sr. Dalmau. A la izquierda del Presidente estaba el Alcalde de Reus, Sr. Albouy, el actual Conde de Reus, y el Subjefe provincial del Movimiento, Sr. Noguera.

La Comisión organizadora y los señores Concejales tomaron asiento en los escaños y distinguidas damas, entre ellas la esposa del Gobernador Civil, doña Alicia del Castillo y la del Alcalde, doña Teresa Martí.

Presidentes y representantes de todas las entidades reusenses y de organismos oficiales, prensa y radio, con una numerosa y distinguida concurrencia, llenaron el salón completamente.

Al final de su peroración el Dr. Pedrol fue muy aplaudido y felicitado personalmente, por los presentes.

El Centro de Lectura une sus aplausos a los tributados tan justicieramente a nuestro Socio de Honor y estimadísimo amigo D. Antonio Pedrol y Riús.

BIBLIOTECA - ESTADISTICA MENSUAL - Enero 1965

LIBROS SERVIDOS

Obras Generales	Filosofía	Religión	Ciencias Sociales	Filología	Ciencias Puras	Ciencias Aplicadas	Bellas Artes	Literatura	Historia y Geografía	TOTAL
1548	58	36	285	663	404	378	216	1597	604	5789